

siempre, y para siempre lejos de la belleza eterna, continuará girando la tierra ansiosa, extinguida estrella, pronto olvidada en el eterno espíritu, desconocida y rechazada, oh naturaleza, de tu seno maternal».

«Como el buitre ó el cuervo se ciernen solitarios sobre el negro y fangoso lago del bosque; así, cuando se haya secado la fuente de amor, rondará sobre los pantanos la cólera de sombrías alas. Y como las bramadoras tempestades nacen en la cumbre de las montañas, mientras permanece mudo y quieto el bosque, y únicamente las nubes se mueven en el oscuro cielo, también la tierra, esperando el juicio final, quedará suspendida al borde de la nada, muda de horror». ⁽¹⁾

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik* (1), n. 20, p. 23 y sig.

CUARTA PARTE

LA VUELTA DEL HUMANISMO Á LA HUMANIDAD

CONFERENCIA XIX

EL GOBIERNO DE DIOS EN EL MUNDO

1. **Las quejas contra la Providencia Divina.**—Su falta de sinceridad es el peor reproche que puede hacerse á la falsa doctrina acerca de la humanidad; no quiere, dice, obrar como enemiga de Dios, sino tan sólo prescindir de él por completo. ¡Si á lo menos, no diremos que pudiera, sino que quisiera hacer eso en realidad y seriamente! Pero sólo prescinde de Dios cuando puede entenderse con el hombre y con la naturaleza; después, tan pronto como se manifiestan las tristes consecuencias de la separación de Dios, querría que viniese inmediatamente Dios á reparar lo que hubiese alterado y arruinado la locura humana; y si no cede á esos deseos impacientes y á esa cortedad de miras, llenan los aires con las censuras y las maldiciones lanzadas contra él.

Cuando el hombre, cuya fuerza es precisamente la indispensable para conseguir su propia pérdida, puede rebelarse contra Dios, no quiere ni que le hablen de él; pero cuando siente agotados su arte y sabiduría, entonces debe mostrar Dios lo que puede hacer. Se considera el pecado como un derecho humano inamisible, la reparación como un deber de parte de Dios. El hombre no quiere reco-

nocer á Dios como Señor suyo; pero encontraría bien tenerle á su servicio como auxiliar, por no decir para que expíe las faltas por el mismo hombre cometidas.

De esa malicia del corazón humano, que gusta de achacar á Dios la falta más bien que á sí mismo, ⁽¹⁾ procede la antiquísima cuestión, que probablemente no desaparecerá mientras los hombres existan, de porqué la mayor parte de las veces parecen felices los malos y se ceba en los buenos la desgracia. Ya el viejo Teognis la planteó en estos sencillos términos: «¡Oh Júpiter! Confesar debo que me pareces muy extraño. Tienes en tus manos el poder; prevés con toda anticipación lo que en el corazón pasa mucho antes que cualquiera realice el mal; podrías impedir que la violencia abata al débil, y, sin embargo, no te apena que el bueno y el malo sean igualmente recompensados, y hasta que la mayor parte de las veces viva rico y honrado el perverso. Muéstrase éste arrogante y vive en la dicha; el otro, lleno de modestia, en todo fracasa. Verdaderamente, si se considera su suerte aquí abajo, difícil es decir cuál de estos dos hombres es más acepto al cielo». ⁽²⁾

No todos hablan con tanta ingenuidad como este poeta; muchos llegan hasta á decir con Epicuro y Ennio que no hay Providencia, que Dios no nos atiende ni se inquieta por nosotros. ⁽³⁾ Ni tampoco faltan quienes cometan crímenes aún peores y blasfemen con el poeta moderno en los términos siguientes: «¡No, no hay Dios; por su propio honor quiero creerlo. Si hubiese Dios, no habría fratricidios. En cuanto á mí, creo que existen osos, que es venenosa la serpiente de cascabel; pero no creo en la existencia de Dios». ⁽⁴⁾

Los más audaces llegan á la consecuencia de que poco importa vivir mal ó como hombre de bien. Es inútil, dijo ya el profeta para manifestar como hablan aquellos, ser-

(1) S. Agustín, *Ps.* 74, 4, 9.

(2) Theognis, 373 y sig. (149 y sig.).

(3) Cicerón, *Divin.*, 2, 50.

(4) Grabbe, *Herzog vom Gothland*, 3, 1.

vir á Dios y hacerse amarga la vida observando sus preceptos. Únicamente los soberbios son felices. ⁽¹⁾

Y no son únicamente los malos quienes desvarían con esos pensamientos; pues hay personas, hasta excelentes, que experimentan la misma tentación, gracias á la miopía humana. ⁽²⁾ En esto encuentra vasto campo la antigua enfermedad del hombre, la manía de blasfemar. ¿Para qué —Dios nos perdone estas expresiones que son el lenguaje de los hombres— Dios existe? ¿Por qué no impide los pecados? ¿Por qué á lo menos no preserva á los buenos del contagio? ¿Por qué permite que el mal se presente revestido de tantos atractivos? El pecado tiene en sí cuanto puede atraernos, el bien, en su gravedad sombría, apenas tiene un solo color brillante de los que en aquél resplandecen. ¿Por qué dispone Dios las cosas de modo que la virtud sea tan difícil? ¿Por qué la persecución y la vergüenza son en todas partes la recompensa del hombre de bien y en cambio los malvados son honrados y temidos? ¿No está dispuesto así eso para hacer á la virtud antipática? ¿Por qué Dios no protege mejor su propia obra? ¿Cuánto más bello aspecto presentaría el mundo, si el mal fuera suprimido en su origen, si fuese más favorecido el bien! ¿Por qué deja Dios destruir tan criminalmente lo bueno; El á quien únicamente el bien puede agradar? ¿Abandonó acaso el gobierno del mundo? ¿Desamparó á los hombres en castigo de que ellos mismos le hayan dejado á Él?

2. Tan deficiente como es en el mundo lo bello digno de Dios, tan abundante es lo feo.—Son ciertamente profundos y graves los pensamientos suscitados por aquellos escrúpulos para que pudiéremos dejarlos á un lado.

Dios es la belleza eterna, y únicamente lo que de Él procede como reflejo de su primitiva belleza, puede ser llamado bello. Sólo merece el nombre de belleza lo que percibi-

(1) Mal., III, 14 y sig.

(2) Psal., XXVI, 1 y sig., LXII, 2 y sig. Jerem., XII, 1 y sig. Job, XXI, 7 y sig. Hab., I, 13. Boetius, *Consol.*, 4, pr. 1. Platón, *Rep.*, 2, p. 364, b.

mos por los sentidos cuando es un reflejo de la belleza espiritual; lo que á la mañana brilla sobre la cumbre de los montes sólo es bello porque anuncia la belleza completa que debe aparecer más tarde; porque si Dios es belleza, y si toda belleza es un reflejo de Dios, lo que hiere nuestros sentidos no es belleza, sino que ésta debe nacer en el espíritu como una de sus propiedades. ⁽¹⁾

Pero así como Dios es la belleza eterna, al mismo tiempo que la verdad y la belleza supremas, así lo bello es también lo verdadero y lo bueno. ⁽²⁾ Lo que no es verdadero no es bello. ⁽³⁾ Sólo en cuanto una cosa es verdadera y buena, puede con justicia llamarse bella. ⁽⁴⁾ Cometería un grave error quien quisiera separar esas cosas; donde no hay verdad ni virtud, puede haber atractivo y hasta encanto, pero no habrá nunca belleza. ⁽⁵⁾ Como la belleza del cuerpo es inseparable de su salud, tampoco hay belleza sin verdad y sin virtud. ⁽⁶⁾ Y no puede darse el nombre de bello á cualquier cosa, sino únicamente á la virtud completa, porque la belleza es la flor de la bondad, la plenitud y la perfección del bien. ⁽⁷⁾

Por eso lo contrario del bien, el mal, tal como los hombres lo conciben, es inseparable de lo feo. Lo que distingue al hombre del animal es la facultad de obrar racionalmente y practicar actos de virtud; pero si reniega de esto, si decae desde el punto de vista moral, por el pecado, de suerte que no comprenda su honor, y si en vez de parecerse á Dios, prefiere, como el animal, entregarse á sus instintos y pasiones, ⁽⁸⁾ nunca se convertirá en animal, es

(1) Máximo Tyr., *Diss.*, 17, 11; 27, 8; 25 2.

(2) Platón, *Philebus*, 40, p. 65, a. Sto. Tomás, 2, 2, q. 145; 1, q. 5, a. 4 ad 1; 1, 2, q. 27, a. 1 ad 3.

(3) Platón, *Leg.*, 9, 5, p. 859, c. y sig. *Alcib.*, 1, 11, p. 115, a. y sig.

(4) Platón, *Conviv.*, 21, p. 201, c: 24, p. 204, e. y sig. *Republ.*, 3, 11, p. 400, d. y sig.: *Gorgias*, 30, p. 473, d. y sig.

(5) Platón, *Leges*, 2, 2, p. 655, c. y sig.

(6) Cicerón, *Offic.*, 1, 27, 95.

(7) Máximo Tyr., *loc. cit.*, 252.

(8) Psal., XLVIII, 13, 31. Basil., *in ps.* 48, n. 11, Crisóst., *in ps.* 48, 1; *in Philipp. hom.*, 7, 6.

cierto, pero será algo peor y más repulsivo que un animal cualquiera.

Vemos, pues, en cada pecador la encarnación de lo feo, una deformidad compuesta de un cuerpo humano y de una alma humana, y, con todo esto, los instintos y los actos de un animal. No son los cristianos los primeros que profesaron esta opinión; siempre los poetas y los pensadores de todos los pueblos agotaron su imaginación para representar el pecado con los caracteres más horribles. ⁽¹⁾ Pero ¡cuán lejos de la realidad quedaron! ¡Qué es una serpiente en comparación del malestar que os causa la consideración de las perfidias humanas? ¡Qué es el tigre comparado con la crueldad de tantos hombres? ¡Acaso igualan en fealdad á los caracteres que nos describen Teofrasto ó las biografías de los emperadores romanos los animales que se arrastran en la oscuridad ó las salvajes fieras del desierto? Encontramos á veces hombres que con una sola mirada nos producen angustioso temor, y cuyo solo aspecto nos desagrada; tales se retratan en ellos la perfidia y la codicia. ¡Qué desfigurada por la cólera aparece á veces una fisonomía noble! ¡Qué sentimiento de tristeza nos invade cuando tenemos ante nuestra vista un hermoso niño, é involuntariamente advertimos que un exterior floreciente encubre la podredumbre del pecado!

Examinando el mundo tal cual es, no podemos extrañarnos de que cualquiera experimente profunda tristeza. En todas partes se advierte desde luego lo feo. El bien se cubre con el velo de la timidez, y casi siempre con razón, porque ¿dónde podría presentarse como bello sin tacha? ¿Dónde están las obras de Dios? ¿En qué se convertirán sus planes? El mal triunfa, el bien sucumbe, la virtud misma es difícil de encontrar en una pureza sin mezcla. ¿No tienen derecho de quejarse quienes creen que Dios se retiró

(1) Cebetis, *Tab.*, 23. Platón, *Rep.*, 9, 12, p. 589, d. y sig. Ovid., *Met.*, 15, 167 y sig. Séneca, *Clem.*, 1, 26, 3, 4. Epictet., 1, 3, 7. Clem. Al., *Protr.*, 1, 4. Boetius, *Consol.*, 4, prosa 3. Bernard., *Cant.*, 82, 5, 6. Hettinger, *Gaettl. Koemädie*, (1) 82 y sig.

del mundo abandonándolo á los malos? ¿No está en todas partes destruída la belleza de las obras de Dios en cuya alabanza tanto nos complacemos?

3. El mal no es una perturbación de la belleza general, porque está comprendido en los planes de Dios.

—Guardémonos de perder la serenidad ante aquellas preguntas; recordemos las consideraciones que en otra ocasión hemos hecho ⁽¹⁾ y sepamos que el secreto de la belleza se encuentra en el orden, y que la armonía, la proporción, la medida, la solitud y el empleo de los verdaderos medios son sus condiciones fundamentales.

Si el mundo realizara los designios que Dios ha querido ejecutar en él, no carecería de belleza. Cuando cada criatura cumple su fin en el lugar que le fué designado, cuando todos, según sus condiciones y sus fuerzas, cooperan á ese fin; cuando, en una palabra, el orden reina en la sociedad y en el individuo, queda á salvo la belleza de las obras de Dios.

Pero lo cierto es que Dios no creó el mundo sino para realizar en él sus propios designios de amor, de justicia, de belleza y de orden.

Si, no obstante eso, puso en él seres que tienen el terrible poder de sublevarse contra su voluntad, eso prueba tan sólo su omnipotencia y su confianza en sí mismo. Quien nada ha de temer encomendando la ejecución de sus designios, no sólo á agentes sin independencia, sino á hombres libres capaces de resistirle, debe tener clara conciencia de su poder invencible. Luego la prueba más evidente de la omnipotencia de Dios consiste en que deja á la voluntad libre de la criatura el poder de sublevarse contra sus proyectos. Sólo puede hacer eso quien es bastante poderoso para convertir hasta el mal en bien y servirse de las contrariedades para llegar á sus fines. ⁽²⁾

Nosotros, hombres de cortos alcances, débiles, impacientes, que perdemos el valor y la esperanza cuando desordenan nuestros proyectos, nos creemos en el caso de reac-

(1) V. *Vol. II, Conf. XXII.*

(2) S. Agustín, *Enchiridion*, 3, 11; 26, 100.

cionar con todas nuestras fuerzas tan pronto como el más insignificante negocio está amenazado de la más pequeña alteración, debiendo conservar la calma y la paciencia que son para nosotros un derecho y un deber, tratándose de cosas que nos competan; pues si cada cual ha de realizar solamente una tarea aislada, que sirve para un fin general, debe, por todos los medios que estén á su alcance, procurar que desaparezcan las trabas que se opongan al libre ejercicio de su actividad.

Debería por lo tanto comprenderse la paciencia divina respecto á los malos, aunque no podamos imitarla; procede nuestra impaciencia de que sólo vemos á corta distancia de nosotros; pero Dios ve infinitamente lejos y se propone fines infinitamente grandes. La paciencia de Dios se deriva de su inmensidad, y prueba que su mirada y sus cuidados paternales lo abarcan todo, todos los hombres, todos los espacios, todos los tiempos. Quien tiene poder para realzar, mediante ellos, la armonía del todo, puede muy bien tolerar algunos desórdenes. ⁽¹⁾ Por consiguiente, prueba de la sabiduría y de la ilimitación de Dios es que, teniendo poder para impedir todo desorden, permite, sin embargo, en muchos casos la devastación de sus obras; pues lo permite solamente para que la belleza y la bondad del conjunto puedan ser apreciadas fácilmente. ⁽²⁾

Por manera, que eso mismo de que el hombre en su ceguera se vale gustoso para atacar la Providencia Divina, constituye precisamente una de las pruebas más fuertes en su favor. Esos grandes espíritus que frecuentemente hablan contra ella con tan mezquinos razonamientos son absolutamente lo mismo que la torpe chiquilla enviada por su madre á buscar leche. Quiere la niña mostrarse hábil y recibir parabienes á su regreso; lleva el cántaro de leche como si anduviese sobre hielo, y no lo pierde de vista; es necesario no verter una gota. Llega á casa, y de súbito salta el perro á su delantal jugueteando; la pobre niña,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 22, a. 2 ad 2.

(2) Sto. Tomás, *Contra Gent.*, 3, 71, 6.

que, naturalmente, no estaba preparada para esa acometida, deja caer el cántaro y llega sin aliento á su madre, que no encuentra consuelo para ella. Así es el hombre; la cosa más insignificante que de improviso le ocurra basta para hacerle perder la cabeza. ¡Cómo si aquello no sólo hubiese turbado su corta inteligencia, sino también el pensamiento de Dios! ¡Cómo si viniese también de un modo imprevisto para Aquel que todo lo dirige!

Pero los pensamientos de Dios no son los nuestros, ni sus vías nuestras vías. Tanto como dista el cielo de la tierra, tanto exceden á los nuestros. ⁽¹⁾ El mal, cuando llega, nos proclama su eternidad y su omnisciencia; tiene bastante poder para hacerlo imposible; pero lo permite, porque, para él, no es un incidente el pecado, ni una interrupción de sus miras.

El mal entra igualmente en los cálculos de su providencia, ⁽¹⁾ y aquellos datan de la eternidad. Todo es dirigido conforme á un plan eterno, una alianza eterna, una sabiduría eterna. «Te amé con eterno amor, nos dice la Providencia, y te atraje á mí por la compasión que te tuve». ⁽²⁾ «En tiempo de mi cólera, aparté mi rostro de ti por un momento; pero te miré después con una compasión que no acabará nunca. No temas nada; no serás confundido». Así habla el Señor.

4. La voluntad de Dios se cumplirá en todo tiempo.—Luego, ni la bondad de Dios, ni su omnipotencia son amenguadas cuando permite el mal. El pecado más bien sirve para demostrar su propia impotencia ante los proyectos divinos y la majestad de Dios en todo su brillo. Su voluntad se cumple siempre. ⁽³⁾ ¿Quién podrá impedir lo que el Señor decidió? ⁽⁴⁾ Su determinación es firme y su voluntad se cumplirá del todo. ⁽⁵⁾

(1) Is., LV, 8, 9.

(2) Bânez, 1, q. 22, a. 2. Silvio, *ib.* Escio, 1, d. 39, § 9.

(3) Jerem., XXXI, 3.

(4) Is., LIV, 8, 7, 4.

(5) Sto. Tomás, 1, 9, 19, a. 6.

(6) Is., XIV, 27.—(7) Is., XLVI, 10.

Sin duda que no es su voluntad de amor lo que se ejecuta. Si se tratara de Dios, la voluntad de su misericordia y de su gracia se cumpliría siempre en nosotros. Falta nuestra es si sus pensamientos de dulzura se convierten á menudo en medidas severas, si su voluntad está en nuestro camino como justicia inevitable. Ya coja el niño caído en tierra la mano de su padre que quiere levantarlo, ó ya la rechace, y entonces comprenderá su impotencia, el padre, en todo caso, consigue su propósito, y el niño vió que no podía salir del paso por sí mismo, que dependía de su padre. Si en el último caso no conoció que el padre es su apoyo, sino que cree poder pasar sin él, suya será la culpa.

Cuando en su orgullo insensato se alabe el pecador de haber puesto trabas á los designios divinos, verá que no ha hecho más que favorecer el último fin que Dios se propone: lo que impidió fueron las bendiciones que el Señor quería enviarle; y si no comprende que él sólo pierde al proceder así, que comprenda por lo menos que nada ha destruído ni quitado nada á Dios. En tanto que Dios sea lo que es, y exista una justicia y una inmutable voluntad de Dios, como existirán eternamente, sus designios se cumplirán; lo prueban miles de veces la experiencia de cada hombre y los acontecimientos de la historia universal.

5. La justicia vengadora de Dios es la prueba de que, no obstante el pecado, Dios ni dejó el mundo entregado á sí mismo ni le abandonó.—Pero la prueba principal es la justicia con que Dios castiga y contra la que tanto se clama; únicamente la propia injusticia puede inspirar al pecador la idea de quejarse del castigo.

Es cierto que, como se puede comprender, fué en todo tiempo piedra de escándalo la doctrina de un Dios vengador; especialmente en nuestros días, desde que los librepensadores inventaron un buen Dios acomodaticio en vez de una justicia eterna, se dice que la idea de un castigo divino es un antropomorfismo velado por expresiones filosóficas y místicas, que atribuyen á Dios uno de los peores